

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 372

25 Cts.



**LLUVIA
BENDITA**

por

**Tom Moore
Dorothy Revier**

FilmoTeca
de Catalunya

HASKIN, Byron

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción PANAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración Teléfono 18551

Año VII

BARCELONA

N.º 372

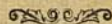
LLUVIA BENDITA

(SIREN, 1928)

Emocionante cinedrama, interpretado por

DOROTHY REVIER, TOM MOORE

NORMAN TREVOR



PRODUCCION COLUMBIA

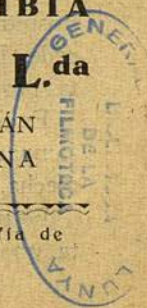
Príncipe Films, S. L. da


Aldamar, 7 y 9 - SAN SEBASTIÁN

Aragón, 249 - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

JEAN HERSHOLT





LLUVIA BENDITA

Argumento de la película

Tempestad... Un *auto* se desliza rápido por el bosque, y su ocupante, una mujer, busca refugio en una casa, una choza, en cualquier parte con tal de estar al abrigo de la cortina líquida que inunda su coche.

De pronto el vehículo se detiene, apéase del mismo la que lo guía y en la puerta de un pabellón de caza se oyen sus llamadas de hospitalidad. Nadie responde. La puerta no cede. La mujer se dirige a una ventana y salta por la misma al interior del pabellón.

Enciende un fósforo, luego se acerca a una lámpara de petróleo y prende fuego a la mecha.

El pabellón es amplio, agradable. No le falta un buen hogar con leños a punto de dar

calor. La mujer enciende otro fósforo y los sarmientos chisporrotean presto.

¿No tiene miedo la mujer?

¿Quién es ella?

Contestemos a la primera pregunta. No tiene miedo. Y a la segunda. Huérfana, millonaria, educada a su libre albedrío, y se llama Adelaida Fhyeld.

Acostumbrada a todas las comodidades, Adelaida echa un vistazo por el pabellón y su opinión no puede ser más favorable para el dueño del mismo.

Todo está muy ordenado, no falta nada.

Y dice la millonaria:

—El dueño de este pabellón debe ser un tipo interesante. Me gustaría conocerle.

Luego, como está calada, se quita las ropas, colocándolas sobre el respaldo y el asiento de una silla, cerca del hogar. Y cuando está desnuda, completamente desnuda, como Dios la mandó al mundo, se acuerda del dueño del pabellón y murmura, ruborizándose:

—Afortunadamente, no vendrá... pero, si ha de venir... que no venga ahora...

Adelaida ha traído consigo una maleta, pues iba a pasar unos días en casa de unos ami-

gos, situada al otro extremo del bosque, y saca de ella una bata y unas zapatillas, se calza éstas y se cubre con aquélla; y así compuesta se acomoda en un sillón junto al fuego, para reaccionar, pues está aterida.

Una hora después, cuando más confiada estaba Adelaida en que nadie la molestaría, debido a la lluvia, que haría desistir a los cazadores de abandonar sus cómodos hogares, se detiene ante el pabellón un automóvil cerca del de la millonaria, que recibe, impertérrito, la ducha celeste.

—¿De quién es ese coche? — se pregunta el ocupante del recién llegado.

Este es Enrique Eaton, dueño del pabellón, a quien la apertura de la caza ha podido más que las inclemencias del tiempo.

Enrique entra sigilosamente en el pabellón y se aproxima del mismo modo a Adelaida.

La millonaria duerme profundamente, acariciada por el calor del hogar.

Enrique la ve, la admira, se asombra, sonrío y se dice:

—¡Bella es, a fe, la ninfa! Y las ropas... un primor.

¿Qué hacer? ¿Despertarla? ¿Dejarla dormir?

No sabe por qué solución decidirse y sin saber cómo ha sido posible que su mano se haya desmandado, la toca en un hombro y la bella desconocida se despierta sobresaltada.

—¡Oh! ¡Perdone!... Supongo que es usted el dueño de este pabellón.

—Para cuanto guste usted mandarme, señorita.

—Gracias, señor... Me perdí con la lluvia y este refugio me ha ofrecido amparo.

—Obró usted perfectamente, pero siento no haber estado aquí para hacerle los honores a su llegada.

—Es usted muy amable... Quería haber llegado a la Casa de los Pinos antes de cenar, pero con el agua que cae me va a ser imposible.

—No se preocupe... Está usted en su casa... No puedo ofrecer a usted una comida tan succulenta como la de la Casa de los Pinos, pero sí mi modesta cena de cazador.

—Sea lo que sea lo acepto y se lo agradezco infinito, porque estoy desfallecida.

En un abrir y cerrar de ojos Enrique, carácter alegre, preparó la cena, fría y caliente,

pues era hombre previsor, como lo había observado ya Adelaida.

Bebidas no traía ninguna... pero en su pabellón había una bien provista bodega, predominando el campaña de marca.

La pareja comió con apetito y muy a gusto, y al terminar la cena Enrique alzó su copa en honor de Adelaida.

—¡Brindo por mi encantadora e inesperada invitada! — dijo.

Y ella, gratamente impresionada:

—¡Brindo por mi galante... invitador!

Después charlaron, y él le dijo de pronto, fijándose en un detalle muy importante:

—Veo, señorita, y eso me llena de satisfacción, que no luce usted ningún anillo... lo cual me demuestra que es usted libre como un pájaro.

Súbitamente, llamaron a la puerta del pabellón.

—¿Quién será? — preguntó Enrique.

—¿Esperaba usted a alguien? — díjole Adelaida.

—No, señorita... En fin, ya veremos... Ocúltese ahí dentro...

Adelaida se apartó a una habitación inmedia-

ta, Enrique hizo desaparecer sus ropas, y cuando supuso que nada revelaría la presencia de una mujer allí, fué a abrir la puerta.

El que llamaba era Gaspar Fuller, otro cazador empedernido y solterón recalcitrante, acompañado de un amigo.

—¡Hola, señores! — saludó Enrique, deseando que se marchasen pronto.

—¡Hola, Enrique! — exclamó Gaspar —. No nos esperabas, ¿eh?

—¡Quién iba a suponer que con un tiempo tan perro te dejases caer por aquí!

—Me parece que puedo decirte lo mismo. La afición nos domina, querido Enrique. Negarlo sería una tontería.

—Nada más cierto, en efecto...

—Como en mi pabellón no tengo lumbre, aquí estamos a secarnos un poco.

—Bien, bien... Pero sí que es imprevisión no tener lumbre en el pabellón...

—Un descuido... del que sales ganando porque no creo que nuestra compañía te sea desagradable.

—¡Quieres callar! No podías llegar más oportunamente.

—Fumaremos un poco y charlaremos por

los codos. Es lo único que podemos hacer... mientras San Pedro no cierre los grifos.

—Sí... sí...

—¡Caracoles!

—¿Qué pasa?

—Hombre, hombre...

—¿Qué ocurre?

Gaspar se echó a reír y añadió, mostrando a Enrique el par de zapatos, todavía mojados, de Adelaida:

—¡Ya veo que estás de caza!... ¡Vaya un par de zapatos coquetones!

¡Ah!

—¡Zambomba!

—¿Hay más?

—¡Un brazalete de brillantes!... ¡Vaya pieza!

Enrique estaba confuso. Sin embargo, se tranquilizó al considerar que nadie había visto a Adelaida y que desde aquel instante los dos amigos le dejarían solo.

Gaspar hizo ademán de marcharse, y dijo a Enrique en sus propias barbas:

—¿Y tú eres el socio leal a nuestra cofradía? ¡Te caíste, amigo! Y... ¡que aproveche!

Apenas hubieron desaparecido los dos ami-

gos, Enrique hizo salir a Adelaida de la habitación donde se escondió, y prosiguieron su plática, sin dar importancia a aquel suceso.

Y como seguía lloviendo a mares, Enrique le dijo, persuasivo:

—No piense en ir esta noche a la Casa de los Pinos; el camino está intransitable. Pasará la noche en mi pabellón. Ese es mi dormitorio... el único que hay aquí... y se lo ofrezco de todo corazón.

—Pero... ¿y usted?

—No se preocupe por mí. Tome usted posesión de mi cuarto, cierre la puerta por dentro con esta llave... y descanse exactamente igual que si estuviera usted en su propia habitación. Yo dormiré en este sillón.

—No sé si debo...

—Si prefiere usted el agua y el frío a mi modesto lecho...

—Gracias, señor.

A poco no se oía nada en el pabellón.

Adán y Eva dormían, separados por un tabique, flotando sobre Adán la apetitosa manzana.

... ..

A la mañana siguiente, muy temprano, Ade-

laidá salió de la habitación de Enrique y del mismo modo que él se acercara a ella la víspera al sorprenderla dormida, se aproximó a él, le miró con simpatía, murmuró unas palabras y desapareció sin ser vista.



...se aproximó a él...

Cuando Enrique se despertó encontróse en lugar de Adelaida con la siguiente nota:

Doy las gracias al caballero y juzgo la aventura concluída.

La inesperada invitada.

—¡Qué lástima! — exclamó Enrique—. ¡Era tan adorable!

*
**

Días después se celebraba una reunión en casa de Adelaida Fhyeld, un verdadero palacio.

Había muchos invitados, pertenecientes a la buena sociedad, y entre los mismos se contaba Julio Norwood, un caballero de cierta edad, quien, locamente enamorado, al parecer, de Adelaida, había logrado, hasta aquella fecha, ocultarle su verdadera personalidad, como se la ocultaba también a todos los demás, incluso a la policía...

Norwood vió, unos momentos, a solas a Adelaida, y le dijo, apasionadamente:

—¿Por qué me huye usted?... ¡Apenas me ha dirigido la palabra esta noche!



Adelaida Fhyeld...

—Déjeme, Norwood... Me debo a mis invitados...

Norwood mascó una maldición, y como en aquel instante se le acercó el criado de confianza de Adelaida, que se había apartado de él, le murmuró:

—Fidel, a ver si haces honor a tu nombre y me ayudas con eficacia.

El criado, viejo ya, se estremeció y con voz suplicante repuso:

—Creo que pisamos terreno muy peligroso, Norwood, y que haces mal en mezclar a una mujer en tus negocios.

—No temas... Tú ayúdame y lo demás corre de mi cuenta.

En tanto, en aristocrático club, Enrique saludaba a su amigo Gaspar, el cazador que se marchara de su pabellón de caza aquella noche de lluvia... porque en el mismo se escondía una aventura con faldas.

Gaspar se dispuso a partir un poco después, y dijo a Enrique:

—¿Quieres venir a una casa maravillosa, donde hay una mujer más maravillosa aún y una gran partida de pocker?

Enrique le replicó, indiferente:

—Ya sabes, amigo Gaspar, que no me interesan las mujeres ni mucho menos las cartas.

—Por una vez, ¡quién lo va a saber!... Voy a telefonar a la interesada anunciándole que voy a ir con un amigo.

Enrique le dejó hacer y segundos después Gaspar hablaba por teléfono con Adelaida.

—Me he permitido invitar a su casa esta noche a un amigo al que no interesan, según él, las mujeres ni el juego. ¡A ver si usted le cura!

—Tráigalo... y ya veremos si hago yo el milagro de que no se aburra en mi reunión — respondió Adelaida.

Norwood volvió a sorprender a solas a la millonaria, y abrazándola exclamó:

—¡Sigue usted huyéndome, Adelaida, sin querer ver que su indiferencia me mata!

Ella, rehuyéndole, le manifestó:

—¡Ya se lo he dicho muchas veces, Norwood! ¡Es inútil!... ¡No puedo quererle!

—¡Oh, Adelaida! ¡Mi pasión es más fuerte que yo mismo! ¡Jamás renunciaré a mi empeño!... ¡Sépallo usted!

Poco después llegaron a la casa Gaspar y Enrique.

Adelaida vió a éste y dándole un brinco en el pecho su corazón fué a su encuentro.

Gaspar, al verla, se volvió a Enrique para pre-

sentársela, pero quedó asombrado ante las evidentes muestras de antiguo conocimiento que los dos jóvenes se daban.



—*¡Sigue usted huyéndome, Adelaida!...*

¿Qué significaba aquello?

Enrique, considerándose en el Paraíso, dijo de buenas a primeras a Adelaida:

—Usted juzgó la aventura terminada, pero el destino se empeña en lo contrario, por lo visto.

—El destino es un guasón, señor... pero, por esta vez, creo en él.

—¿Sabe usted que me disgusté mucho cuando, al despertar, al día siguiente de conocernos, no la encontré en el pabellón?

—¿Es posible?

—Debió usted preverlo... y despertarme.

—Dormía usted tan a gusto...

Gaspar no volvía de su sorpresa, y Norwood, que había observado, lleno de celos, la cordial acogida dispensada por Adelaida a Enrique, arrancó a aquél de su ensimismamiento, diciéndole:

—¿Es aficionado al pocker ese amigo de usted?

—Dice que no le gustan las cartas... pero jugará...

La joven pareja se había apartado de los invitados y hablaba apoyada en la balaustrada de la terraza.

—¿Se acuerda? — dijo de pronto Enrique a Adelaida—. ¡Así estaba el cielo aquella noche, y para mí brilló el sol... usted!

—¿Se acordó usted de mí desde entonces?

—No la he olvidado un solo instante.

Y, sin saber cómo fué, se sintieron los dos muy unidos... tan unidos, que parecía que se hubiesen dicho mucho antes que se amaban...

Norwood crispó los puños al tener ante sí la prueba de que se querían y se propuso desbancar de un modo u otro a aquel inesperado y peligroso rival.

Cuando entraron en el salón Adelaida y Enrique, ella lo presentó a sus invitados, como si le interesara que todos le conocieran, y al llegar junto a Gaspar, le dijo alegremente, revelando el júbilo de su corazón:

—Me parece que voy a poder curar a su amigo, al menos de una de sus dos afecciones: el odio a las mujeres...

Presentó también Enrique a Norwood, y a continuación dijo:

—Me figuro que los caballeros preferirán jugar a cartas a charlar.

—Voy a que preparen la mesa — dijo Norwood; y desapareció hacia las habitaciones superiores, donde se hallaba la salita de juego...

Fidel, el criado, le siguió, y mientras lo pre-

paraban todo, el pobre hombre, víctima de Norwood, no pudo menos de objetar a éste:

—No sé por qué me da miedo esta aventura, Norwood. Creo que es muy arriesgado lo que vas a hacer.

Sereno, el bribón le atajó:

—Tú no tienes que creer nada, sino recordar que por mí andas en libertad y que te meteré en la cárcel si me traicionas.

Gaspar, en tanto, hablaba con Adelaida y Enrique.

—Pero ¿de verdad usted y Enrique no se conocían?

Ella, somiando, contestó, envolviendo en cariñosas miradas a Enrique:

—No nos conocíamos, pero ahora ya nos conocemos muy bien, ¿verdad?

En una de las muñecas de Adelaida brillaba un magnífico brazalete. Gaspar se fijó en la valiosa joya y recordó... recordó...

¡Demonio, pero si era la misma que él recogiera en el pabellón de caza de Enrique!

¡Ah, comprendía el juego!

Y cuando pudo ver a solas a Enrique, que parecía esquivar su contacto para evitar preguntas indiscretas, Gaspar le dijo:

—Supongo que no has tomado en serio a Adelaida... Norwood tiene mucho empeño en que juegues al pocker. Ve con cuidado.

En aquel preciso momento Adelaida, que había convencido a otros invitados, dijo a Enrique:

—¿No le han invitado a usted a jugar?

¿Por qué insistía tanto en que jugase?

¿Acaso Gaspar había querido dar a entender a Enrique que Adelaida y Norwood arruinaban a los invitados?

—Sí... — respondió —. Y voy a probar suerte.

Norwood aceptó la banca... y ganó desde el principio del juego.

Nadie tenía suerte, al parecer, aquella noche, excepto el banquero... pero Enrique, una vez que tuvo un juego excelente, no se amilanó y apostó una importante cantidad.

Norwood, a pesar de tener un juego flojo, dos parejas, aceptó la fuerte apuesta y añadió a la misma quinientos dólares.

Se descartaron... y al recoger las cartas que le correspondían, Norwood, en rápido juego de manos, cambió dichas cartas por otras que ocultaba en una manga.

Así tenía la seguridad de ganar, y ganó;

pero Adelaida, que vió la ilegalidad cometida, se levantó y desenmascaró al caballero de industria.

—¡Este hombre está haciendo trampas!

—¿Yo? Pero... — protestó con aire de inocente, Norwood.

—¡He visto lo que ha hecho usted con las cartas!

Gaspar murmuró a Enrique, asombrado por la digna conducta de Adelaida, que no era precisamente la de un cómplice:

—¡Nos había tomado por primos, amigo mío! ¡Ya me lo temía yo!

—¿Cuánto le debo a usted? — dijo secamente Enrique a Norwood.

—¡No debe usted pagar ni un céntimo! — exclamó Adelaida, que había derribado al suelo la mesa de juego.

Y añadió, señalando la puerta al villano:

—¡Salga usted de mi casa ahora mismo!

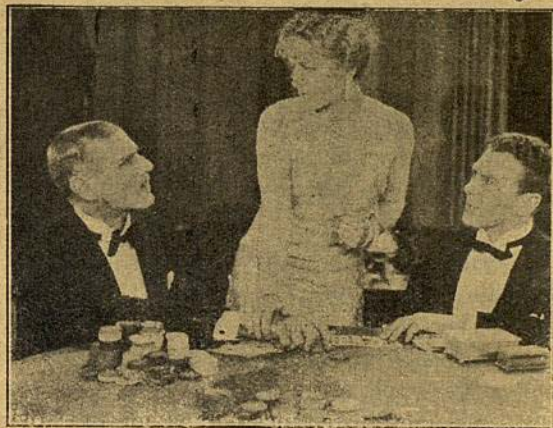
Norwood partió, rugiendo interiormente contra Adelaida, y los demás invitados, apenados por lo ocurrido, hicieron lo propio.

Gaspar dijo a Enrique, que parecía clavado en el salón de juego:

—Yo creo que los que estamos mal aquí somos nosotros. ¡Vamos!

—No puedo seguirte, Gaspar. Me quedo.

Y se quedó allí, donde se le reunió Adelaida, visiblemente contrariada por la anterior escena.



—*¡Este hombre está haciendo trampa!*

—¡No sabe usted lo que lamento este incidente tan desagradable dentro de mi propia casa! — gimió ella al reunirsele.

—Cálmese, Adelaida, se lo ruego, y alégrese

de haberse librado de un granuja que no se atreverá a pisar más esta casa — repuso cariñosamente Enrique.

Pero apenas hubo pronunciado esas palabras apareció ante ellos la antipática figura de Norwood, quien acababa de volver a la casa... por que tenía mucho que hacer aún en ella.

—¡Necesito hablar con usted! — dijo dirigiéndose a Enrique.

—¿Qué tiene usted que decirme? — replicó el joven, enfrentándosele.

—Algo que le interesa saber... Que esa mujer me pertenece...

Adelaida dió un grito. Refutaba la falsa y terrible afirmación.

—¡Canalla! ¡Cobarde! — exclamó Enrique.

Y de un formidable puñetazo derribó en tierra a Norwood.

—¡Si quiere usted más — añadió —, estoy a sus órdenes, ladrón!

Norwood no era manco y dominado por la ira incorporóse y arremetió brutalmente contra Enrique, empuñando un revólver.

Enrique era fuerte y logró desarmar a Norwood, cuya arma fué a caer a los pies de Ade-

laida, quien contemplaba, aterrada, la lucha cuerpo a cuerpo.

De repente Norwood, arrojando un objeto duro a la cabeza de Enrique, lo tumbó sin sentido, y lo iba a rematar, para deshacerse para siempre de aquel rival y huir luego con Adelaida, a través de las llamas del incendio provocado por la caída de una lamparilla a los pies de unos cortinajes, pero en tan crítico momento Adelaida, reaccionando, apoderóse del revólver que yacía en el suelo y lo disparó sin vacilar sobre Norwood, matándole en el acto.

El incendio lo iba devorando todo con pasos de gigante.

No había tiempo que perder. Adelaida apoderóse de Enrique y lo arrastró hacia fuera de la casa.

Y el criado Fidel, humanitario con su verdugo, pretendió hacer lo propio con Norwood, pero las llamas le cerraban el paso.

... ..

Destruída su casa por el fuego, Adelaida se instaló provisionalmente en una lujosa pensión.

Y al día siguiente por la tarde, leía el siguiente suelto periodístico:

DEL INCENDIO DE LA CASA DE LA MILLONARIA ADELAIDA FHYELD

— :: —

PERECE EN EL SINIESTRO JULIO NORWOOD

Ampliando nuestra primera información, debemos añadir que ha perecido en el fuego, completamente carbonizado, el conocido hombre de negocios Julio Norwood, del que sólo se ha encontrado la cadena de oro y el reloj, medio fundidas ambas cosas.

Enrique, que no se apartaba de su lado, la consoló al sorprender su amargura.

—Es muy lamentable, Adelaida, lo que ha ocurrido... pero de todos modos ese hombre iba a arder en el infierno... — le dijo.

*
**

Contra lo que todo el mundo creía Julio Norwood no había muerto. Recogido de entre las llamas por su cómplice y víctima Fidel tardó en curar varios meses y quedó completamente desfigurado a consecuencia de las quemaduras y de los sufrimientos.

Parecía un viejo achacoso, y nadie le reconocería.

Pero el castigo recibido no había redimido al desalmado, sino todo lo contrario.

Un periódico le dió la noticia de la boda, al día siguiente, de Adelaida y Enrique, y dijo a Fidel, gozándose de antemano en su venganza:

—¡Se casarán, pero la miel de su luna no les

va a pasar de los labios! Tú presentas la denuncia como te he dicho y te atienes en todo a mis instrucciones. Y el día que comparezca ante el Tribunal, sostienes, bajo juramento, que me mató, que tú lo viste... ¡Y si ella no va a la cárcel irás tú!

Fidel curvó su canosa cabeza sobre su pecho y asintió como un autómata.

La boda de Adelaida y Enrique se celebró al día siguiente sin que ninguna nube empañase, por el momento, su felicidad...

Peró cuando se ponían mutuamente de acuerdo acerca del itinerario de su viaje, presentóse en su casa la policía, preguntando por Adelaida.

—Soy yo — dijo ella.

—Queda usted detenida. Se la acusa de haber asesinado a Julio Norwood.

—¿Cómo?

—¡Pero si Julio Norwood pereció en el incendio de la casa de mi esposa! — exclamó Enrique, saliendo en defensa de Adelaida.

—Ya se explicará ante el juez. Síganos, señora.

Era inútil... era peor insistir.

Y una venganza ruin llevó a una mujer inocente ante el Tribunal,

Fidel declaró, forzado por las frías miradas que, confundido entre el público, le dirigía Norwood; que él vió a través del humo, caer al señor Norwood y que Adelaida dejaba escapar un revólver de entre sus manos.

El fiscal preguntó:

—¿No ocurrió nada antes del incendio entre la acusada y el muerto?

—Sí, un poco antes se habían disputado y ella le había amenazado de muerte.

Adelaida, a cuyo lado se hallaba su esposo Enrique, levantóse del banquillo y clamó desesperadamente:

—¡Mentira! ¡Mentira!

Fidel se acobardó... pero allí estaba Norwood, para no permitirle que desfalleciera, y el criado siguió acusando...

El interrogatorio a que, después del de Fidel, fué sometida Adelaida, fué intensamente doloroso para ella.

El fiscal no le dió punto de reposo.

—Usted era buena amiga de Julio Norwood... muy buena amiga, ¿verdad?

—¡Esta pregunta es un insulto! — replicó Adelaida.

—¡No creí que se molestara tan fácilmente

quien no se sentía molesta por tener convertida su casa en un garito!

La acusada inocente protestó, pero el presidente la llamó el orden, conminándola a contestar concretamente a cuanto se le preguntase.

—¿No es cierto también que aquella noche se disputó usted con Norwood y le echó de su casa? — continuó el fiscal —. ¡Ah! Es inútil que pretenda fingir... ¡Usted mató a Norwood llevada del propósito de borrar su pasado!

Adelaida no podía más, y presa de violenta crisis nerviosa, gritó:

—¡Yo, sí, tiré sobre él, porque iba a asesinar a traición a un hombre inocente!

Pero las apariencias la acusaban y el Tribunal la condenó a muerte.



En una recóndita casa de huéspedes, el día que debía llevarse a cabo la ejecución, se hallaban Norwood y Fidel.

—Pero ¿aun no te remuerde la conciencia?... ¿Vas a consentir que muera una mujer inocente? — dijo Fidel, aterrado, a Norwood.

Este, mostrándole su mutilado rostro, respondió:

—¡Fíjate cómo estoy por su culpa!... ¡Morirá, y yo lo veré!

¡Ya no había esperanza! ¡Cuanto hizo Enrique por evitar el cumplimiento del terrible fallo fué estéril!

La despedida entre los esposos fué inenarrable. Parecía que sus cuerpos quisieran fundirse en uno solo para sufrir juntos el injusto castigo.

Disponiéndose a ir a la cárcel, para presenci-
ciar la ejecución, Norwood dió unos billetes a
Fidel y le dijo:

—Márchate lejos de aquí en el primer tren,
porque te temo.



¡Ya no había esperanza!

Enrique no tuvo fuerzas para permanecer un
minuto más en la ciudad, y en la estación vió
a Fidel.

¡Ah, el bandido! ¡El era la causa de la te-
rrible condena de su esposa!

Se acercó a él y le echó en cara su monstrosi-
dad.

—¿Le echa a usted de aquí su conciencia,
granuja?

—Yo... yo...

—¡Usted mintió y la sombra de una inocente
le perseguirá eternamente!

Fidel echó a correr, temeroso de la venganza
de Enrique, y en su loca carrera fué a caer bajo
las ruedas del tren que debía conducirle lejos.

Resultó gravemente herido y antes de expi-
rar tuvo la nobleza de declarar la verdad.

Los minutos eran siglos en aquellos graves
momentos, y valiéndose de todos los medios
Enrique logró hacer suspender la ejecución.

Y cuando llegó a la cárcel, la justicia detuvo
a Norwood, quien se acusó tratando de huir.

Y surgió, tras la horrenda pesadilla, un bello
amanecer por cuya maravillosa senda dos co-
razones amantes vieron deslizarse días de ven-
tura sin igual.

FIN

GRAN ÉXITO

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

de la bellísima novela

El Príncipe estudiante

(Juventud de Príncipe)

principales intérpretes:

Ramón Novarro y Norma Shearer

MAGNIFICA PRESENTACIÓN

Argumento narrado por

Francisco - Mario BISTAGNE

NO DEJE DE ADQUIRIRLA